

EUGENIA ALMEIDA

# UN DIOS SACUDE LA CASA



Felices aquellos cuya vida no ha probado los males.  
Porque no hay calamidad que deje de abatirse  
sobre toda la raza de aquellos  
a quienes un dios sacude la casa.

Sófocles

## Péndulo

Al otro siempre lo mandan con los caballos. Que vaya a moverlos, a revisar las herraduras, a darles alfalfa, a cepillarles el lomo. Ese perfume que sale del cuerpo de los caballos. Un sudor dulce, un cuero cachorro, el pelo que brilla, los breves espasmos en las patas.

Y él quiere eso. Caballos. Que alguien se dé cuenta de que está listo. Que ya puede. Y que a los perros los cuide Zaida, que es la más chica.

Él los atiende con bronca. El viejo lo ha visto revolear una patada, tirar una piedra. Y los perros saben que lo hace a disgusto. Que solo si relincharan podría quererlos. Apenas lo ven salir del rancho se ponen nerviosos, empiezan a gruñir, a tarasconear. Cuando entra con la comida se van a un rincón, agachan la cabeza, tiran para atrás las orejas, asoman los dientes. Un balanceo que dice que acatan por ahora. Pero que eso puede cambiar en un segundo.

Y él, mirando cómo su hermano Ernesto anda entre caballos. La manta sucia de la impaciencia. Se va haciendo un pozo en el cuerpo y ahí va cayendo todo lo que daña. Los problemas en la escuela, los golpes del padre, el desapego de la madre, los Pinotti, que cada vez que pasan cerca lo escupen, la estúpida

de la Galli, que ha dicho que tiene olor a perro. Tendría que esperarla en la curva del silo y mostrarle con quién se está metiendo.

Y ese viejo estúpido. Siempre criticando al padre. *Cachorros educados en rigor*, dice. ¿Y qué? ¿Hay otra forma? Viejo sucio que lo quiere tocar y él que lo esquivo como una culebra. *Viejo puto*, le ha dicho, *tocate solo*.

Y el viejo haciéndose el consternado, el sorprendido.

Ya lo ha esquivado otras veces pero recién ahora la grieta: dos palabras y todo claro. *Viejo puto*. Y el viejo que suelta todo eso de *¡Qué te pasa, hijo, si soy tu abuelo, cómo decís algo tan feo!*

Ahora ni se acerca. Pero debe haber hablado con la madre. Ella lo mira raro. A ver si se despierta esa, oveja preñada, siempre medio dormida, domesticada.

Y tanto lo mira la madre que él le grita: *¡Qué me mirás!* Y ella hace lo impensable. Da tres trancos y le pega. Cachetada que parece un puño, una pared de viento, la cabeza que se resiente y él que amaga devolver el golpe y ella que manotea la fusta que está colgada en la puerta. Sopla un aire que parece todo quieto.

Ella retira la mano de la cercanía de la puerta.

—No se le pega a la madre, mal hijo.

—Usted me pegó primero.

—Yo pego lo que quiero. Yo soy su madre, maleducado.

De golpe esa niebla que lo viene apalancando se desancla y afloja. Como si estuviera recuperando su tamaño verdadero: el de un chico de ocho años, lleno de veneno.

Después sabrá que el abuelo le ha dicho a la madre eso, que lo están educando en rigor, que es demasiado, que adónde el chico escucha esas cosas, de dónde saca esas ideas. Que cómo puede ser que crea que su abuelo, que su propio abuelo, que eso

pasa porque al chico nadie lo toca y que por eso sospecha. Que cuánto hace que no lo arropa, que no le da un beso al despertarse, que no lo peina, que no lo abraza. Que quién le enseñó a ella a ser tan desamorada, tan fría, que qué le pasa, siempre pariendo chicos que después ignora.

La madre podría haber contestado con furia, también. Pero debe haberla agarrado cansada. Cuando el abuelo dice eso, ella se sienta en una silla y baja la cabeza. Y el viejo, entonces, avanza:

—¿Eso te enseñó tu madre? ¿A ser así de seca? ¿Eso recibiste? ¿No ves que el chico se está poniendo raro? ¿No lo ves que parece animal atado? ¿Qué vas a esperar? ¿Que pase algo?

Después va a saber eso. Que ha habido una charla y que esos han sido los términos. Se lo ha contado Zaida, no sabe por qué. Quizás para perturbarlo, aunque dice que quiere ayudarlo. Quizás es exactamente al revés.

Algo ha hecho esa charla porque la madre, por primera vez, le ha pegado. Y le ha pegado con todas sus fuerzas. Y él ha creído todos estos años que la fusta, el cinto, los puños solo podían venir del padre. *El bruto ese*, dice el abuelo.

Qué se mete ese viejo blando a opinar de ellos.

Una vez lo dijo en voz alta y Zaida le contestó. *El viejo blando que vos decís es el dueño de todo esto*. Y el índice dibujó un círculo. Todo esto eran los dos ranchos, el piso de tierra, el gallinero del fondo, un ombú, los caballos que siempre están lejos y los perros.

*Todo esto*, dijo Zaida, y él se levantó, caminó hasta donde estaban los perros y pateó al que tenía más cerca.

El viejo vio eso de lejos y pensó en volver a hablar con su hija. *A ese chico le está creciendo la noche por dentro*.

Acá es así, la historia se enrosca y gira, siempre eso mismo: las gallinas, los caballos, los perros, la inundación, los vientos, la sequía, los fuegos. Siempre igual pero siempre espiral que va más hondo, al menos en el chico, más hondo, más ronco, más ciego. ¿De qué se construye la propia desgracia? Ese abismo hecho a medida. Una roldana de repetición y desasosiego.

Allá lo ve volver a Ernesto, fresco, sereno, saltando entre los caballos, sintiendo ese perfume, sonriendo. Ahí lo ve volver y sabe que ese es el ojo del viento que lo enloquece. Tira un golpe que cae en Zaida. Pero no basta. Nunca se calma esa turba de tierra.

Y entonces brota una idea. O algo menor, diminuto: una mancha negra que apenas se ve pero que él alimenta.

Todos le molestan: el padre, la madre, el abuelo, Zaida, el bebé, los perros. Pero sobre todo Ernesto. Ernesto es lo que realmente le molesta.

Podría prenderle fuego a los ranchos.

Eso es lo que empieza a pensar, de noche, cuando no duerme. Cuando a la mañana cierra los ojos frente al ruido de la casa que se despierta. Prenderle fuego a todo y ser libre.

Va masticando la idea, dándola vuelta en la boca como si fuera una piedra dulce. Sumando en la balanza el desprecio que siente por cada uno de ellos. Dejando que eso se vaya posando sobre los huesos. Plomo. Plomo y fuego.

De a ratos se le escapa. Algo se diluye y siente la vergüenza. No de haber querido matar sino de la escenografía que imagina, de ese despliegue teatral de todos gritando y retorciéndose en el fuego.

Pero no todos.

Cuando imagina, saca al bebé. Lo vuelve loco cuando llora pero es porque la madre no lo alza. Es culpa de ella, no del bebé.

Ya va a crecer. Y él va a contarle la verdad y van a ser amigos y se van a cuidar entre ellos.

Y ese vaivén: la escena del fuego y después la vergüenza de haberse ido en imaginación.

El punto medio del péndulo es cuando piensa que lo mejor sería irse. Dejarlos a ellos ahí y buscar un lugar mejor. Pero no basta. No basta.

Lo que necesita es aniquilarlos, que no estén, que no existan, que desaparezcan.

El padre va a volver de la cosecha y va a golpearlo por una estupidez. Durante una semana va a renguear cada vez que vaya a alimentar a los perros. Renguear para llegar a la escuela donde todo es burla, renguear esquivando al viejo cuando pasa cerca y busca tocarle la cabeza.

Y un día algo pasa, ya no importa qué, todo tiene valor nulo y valor absoluto. Deben haber estado involucrados los Pinotti quizás, él vuelve cabalgando una furia, se mete en la casa de verano de los Gramajo, entra por la ventana suelta que tienen en el depósito, agarra uno de los bidones de nafta, se lo lleva, sale del camino principal para que nadie lo vea. Cuando está cerca de los ranchos otea un rato a ver quién anda. Cuando ve despejado se acerca a la pared de atrás y deja el bidón escondido bajo unas chapas.

Cuando sea de noche.

Cuando pueda agarrar al bebé, cargarlo, dejarlo en un lugar seguro y volver hasta los ranchos para rodearlos de nafta, un círculo para el rancho de ellos, otro para el del viejo.

Está planeando todo, imaginando y revolviéndose en ese barro cuando la voz de la madre le grita que vaya a darle de comer a los perros. Y sale arrastrando los pies pero con ese